

una América llamada a amparar las difíciles esperanzas de nuestro tiempo.

Yo no le daría tanta importancia a la fiesta de ayer si sólo fuese testigo del entusiasmo renovador que todos elogiamos en Sánchez Viamonte y de la clara visión de Henríquez Ureña. Prescindiendo de lo que yo ya tengo vivido de este anhelo, en realidad tanto Sánchez Viamonte como Henríquez Ureña no eran ayer—y esto lo observó el juvenil viejo Korn—sino símbolo de un nuevo estado de la conciencia americana que aspira a traducirse en una acción enérgica para imponer, en medio del caos contemporáneo, lo que Ortega llama las «nuevas valoraciones». Los críticos españoles de las sociedades de Occidente han ejercido, como en carta anterior se lo decía sobre las nuevas generaciones argentinas, una influencia decisiva. Si bien ha habido cierta tendencia a poner en tela de juicio el valor cultural y científico de la obra de hombres como Eugenio D'Ors, por ejemplo, es incuestionable que las semillas echadas por los hombres de pensamiento que han venido de España al Plata en los últimos años han caído en tierra fecunda. Lo que hay de más constructivo en el pensamiento de los jóvenes argentinos que hoy ya no pueden someterse a la tutela de Rojas o de Ingenieros es lo que han aprendido de los nuevos maestros españoles, quieran o no reconocerlo algunos de ellos. Ya le he dicho como Julio V. González, uno de los mozos de más talento de la nueva generación, se inspira en Ortega; *Valoraciones*, la revista de Amaya y de Sánchez Viamonte, refleja la misma influencia y otro tanto sucede con la nueva revista *Inicial* que le tenía citada. Fuera de la influencia de los modernos pensadores españoles, (entre los cuales no hay ni que mencionar a Unamuno, por supuesto, que sigue siendo maestro cuando muchos han dejado ya de serlo) apenas si he observado huellas de otras. La influencia francesa está casi reducida al campo efímero de las novelarías literarias o al Derecho; pues a pesar de todo lo que se ha dicho sobre ella, el hecho es que existe yo no sé que impermeabilidad de parte de los nuestros para con la cultura francesa o no sé que falta de afinidad entre las ideas de unos y otros que hace difícil el maridaje. Los franceses más celebrados y seguidos son los que más se han universalizado, es decir, desfrancesado: Romain Rolland, Anatole France, Barbusse, ya se sabe lo que estos nombres significan en Francia; las críticas de que han sido objeto estos predilectos son muy significativas, sobre todo la reacción contra France. En cuanto a la cultura inglesa es apenas conocida por las traducciones españolas, salvo una que otra excepción; la americana, casi podría afirmar que se ignora, de modo que no se conoce más pensamiento norteamericano aquí que el que trasmite el cable, es decir la lluvia cotidiana de embustes y pergenios intencionados del oficialismo, cuando no las ineptias y bellaquerías de los corresponsales.

Esto de las influencias tiene una gran importancia porque del predominio de una u otra tendencia depende la orientación que tome nuestro movimiento ideológico. Yo soy de los que tienen la firme convicción de que actualmente es saludable la influencia de los pensadores españoles no malogrados por la deletérea acción del Directorio. Más tarde, cuando hayamos adquirido sobre la base hispánica una mayor homogeneidad y cohesión mental, estaremos en condiciones de recibir sin peligro otras influencias; por ahora me parece beneficiosa la barrera del lenguaje. Por supuesto, me refiero a la generalidad de las gentes y no a los estudiosos y verdaderos líderes de nuestra cultura en formación, pues éstos deben, por el contrario, estar atentos a todas las manifestaciones de la inteligencia en el mundo; otear, por decirlo así, todos los vientos y distinguir los perfumes que no introduzcan en nuestra flora,

en nuestro ambiente cultural, dañinas esencias. La selección natural y forzosa que establece el idioma está dando por resultado la formación de una mentalidad que se libra, en lo fundamental y trascendente, de las influencias exóticas. Si añadimos a esto el deliberado propósito de los hombres nuevos de mantenerse fieles a ciertas normas que conducen a la homogeneidad, es fácil comprender cómo, si bien aún predomina en nuestra producción intelectual cierta abigarrada profusión, estamos en vías de adquirir una familiaridad especial para ciertos tópicos susceptibles de ser reducidos a un común denominador.

Para referirme, al fin, a lo que le tengo prometido desde mi anterior fárrago (insisto en llamar así estas notas), le diré que, además de *Nosotros* y *Renovación*, revistas de formación anterior al período de que me ocupo, son buena muestra de la convergencia actual de las orientaciones, las tres revistas que ya le tengo mencionadas: *Inicial*, *Valoraciones* y *Revisita de América*. Examinándolas puede hallarse una fundamental concordancia de inspiraciones y motivos que apenas si vela leve tejido superficial de discordancias atribuibles a inevitables imperfecciones o defectos de información en el estudio de los problemas que nos interesan. Lo que no cabe dudar es que existe un gran número de preocupaciones y puntos de vista comunes y que sólo falta descubrir el modo de asociar los esfuerzos que dispersamente se hacen para atender a unas y coordinar los otros.

A base de las predominantes influencias españolas tenemos hoy los hispanoamericanos una orientación cultural bien definida. Los grupos de espíritus avanzados que hoy existen en muchas de nuestras ciudades en abierta pugna con el oficialismo, empeñados en introducir reformas fundamentales en las costumbres, las instituciones, la educación y las leyes, son fruto de la labor ingente realizada por los hombres precedentes. No sería difícil establecer una filiación o genealogía de los espíritus nuevos. Si bien es cierto que los últimos acontecimientos históricos con su cortejo de fenómenos sociales han influido grandemente en la formación de nuestra mentalidad, también es verdad fácil de demostrar que existía una base sobre la cual ha venido a ejercer su acción ese insospechado reactivo que fué la última guerra. Esa base era la cultura hispánica, era ese conjunto de valores españoles que todos comprendimos, que se hacía necesario mantener contra las corrientes deshispanizantes que nos envolvían. Nuestro humanitarismo y nuestro democratismo actuales (no menos evidentes por no estar aún bien definidos ni plasmados en creaciones de carácter social e institucional originales) son de pura cepa española. Después de Larra, tan español como unánimemente venerado, y paralelamente a la influencia tan beneficiosa de Clarín y los ovetenses cuyo representante en la Argentina fué Posada, la pareja Ganivet-Unamuno contribuyó enérgicamente, con una penetración extraordinaria y con un sentido histórico genial, a definir el carácter español y la índole de la cultura y la civilización hispánicas. Sin rechazar, antes bien realizando una gran labor de asimilación de los más valiosos elementos de las otras culturas, los españoles y los hispanoamericanos, reconociendo la gran importancia de esas enseñanzas, hemos ido realizando una severa labor de selección y de crítica que nos ha conducido al actual estado de conciencia colectiva que aún requiere concretarse y definirse orientándose hacia finalidades prácticas. Muerto Ganivet, tan triste y prematuramente, Unamuno cogió el cetro de la soberanía espiritual de la raza, y no habrá quien se atreva a negarle el «quilate rey» de que hablaba Gracián. Padre espiritual a lo menos de un ochenta por ciento de los hombres nuevos de América y de España, Unamuno es tal vez el único pensador europeo que ha intentado formular un credo humano con po-